

eran de naturaleza y de pensamiento demasiado diferentes para trabajar mucho tiempo en común. La ruptura se produjo cuando Comte sintió su originalidad propia. En principio estaban en desacuerdo sobre la posición que debía ocupar la ciencia por respecto al trabajo y al sacerdocio, proyectado por Saint-Simón en sus últimos años. Como hemos visto, en la última parte de su carrera, éste dejó á un lado la reforma teórica para pasar directamente á la reforma práctica. Comte no se entendía con él en este punto. La última obra en que Comte se dice aún discípulo de Saint-Simón, provocó la ruptura; Saint-Simón protestó contra esta obra, y Comte la publicó más tarde bajo su propio nombre. Esta obra, que tenía por título: *Plan de los trabajos científicos necesarios para reorganizar la sociedad* (1822), y que se publicó de nuevo en 1824 bajo el título de *Política positiva*, señala la aparición de Comte como pensador independiente. Ve el obstáculo más considerable para el desenvolvimiento de la civilización en la preponderancia progresiva de la tendencia revolucionaria, especialmente en la libertad de conciencia y en la soberanía del pueblo, que son principios críticos, no principios orgánicos. La facultad intelectual necesita formarse un sistema organizado de ideas y reconocer una autoridad racionalmente fundada. Un nuevo sistema social no puede construirse de una vez, debe desarrollarse progresivamente. Es lo que demuestra hasta la saciedad el gran número de constituciones abor-

tadas de la historia reciente de Francia. La condición fundamental de la cooperación con la mira de un fin común, es un sentimiento y una opinión común. La antigua sociedad tenía este fundamento común en la teología. Para que la sociedad nueva pueda adquirir una base de este género, es menester crear, previamente, un vasto sistema de pensamiento, que posea una autoridad tan grande como aquella de que están revestidos los resultados de las diversas ciencias en los dominios particulares. Lo más importante de todo es que la política se convierta en ciencia positiva. Se reconocen leyes determinadas para todos los fenómenos en los dominios de las matemáticas, de la física y de la biología; mientras que en el dominio social se piensa aún poder obrar á capricho y se cree, por ejemplo, poder introducir pura y simplemente un sistema social concebido por el espíritu. Esta creencia desaparecerá cuando se reconozca que las relaciones humanas están sometidas á leyes. Y este sistema de leyes es lo que Comte trata de descubrir en el estrecho encadenamiento que existe en todo punto de la historia entre la organización social y el conjunto de la civilización, es decir, entre la organización de la sociedad y el desenvolvimiento espiritual, tal como aparece en la ciencia, el arte y la industria. La civilización proviene á su vez de la necesidad instintiva de perfeccionamiento del hombre (1). Las diversas fases que recorre la civilización las reduce Comte á tres, apoyándose en la historia de las ciencias: estado teológico, estado metafísico y estado positivo; y trata después de demostrar que les corresponden fases determinadas del desarrollo social. Como la *ley de los tres estados* constituye un punto capital de la filosofía de Comte, nos vemos obligados á remitir la explicación al momento en que analicemos esta filosofía.

(1) En lugar de la expresión de «perfeccionamiento», Comte prefiere, más tarde (*Curso de filosofía positiva*, 2.^a edic., IV, págs. 262 y 264), emplear el término de «desenvolvimiento», porque la palabra *perfeccionamiento* podría contener una apreciación moral.

de Comte que viceversa. Littré: *Auguste Comte et la philosophie positive*, 2.^a edic., pág. 90 y siguientes. Robinet: *Notice sur Comte et la vie d'Auguste Comte*, 2.^a edic., pág. 139. Ann cuando Saint-Simón (lo cual es completamente natural) no deja de haber sufrido la influencia de los espíritus jóvenes y de brillantes dotes que fueron sus colaboradores, es cierto que había desarrollado sus ideas principales antes de entrar en relación con Comte. La prioridad en lo que concierne á la idea de una filosofía positiva, concebida como la nueva fuerza moral necesaria después de los períodos de criticismo y de revolución, no puede ser disputada á Saint-Simón. Jorge Weill (*Saint-Simón et son œuvre*, pág. 205-210), que ha demostrado claramente esto, nota, con razón, que eso no quita en nada á la gran importancia de Comte.

Esta obra de Comte excitó un gran interés, tanto entre los políticos y los historiadores, como entre los hombres de ciencia. Guizot, el matemático Poinsoy, Alejandro de Humboldt, el duque de Broglie y muchos otros, expresaron su aprobación. Iba tan bien hasta el fondo de las cosas, que se sobreponía á los partidos adversos, aun haciendo justicia á lo que había de estimable en sus tendencias. Pero el verdadero plan de Comte aún no había sido puesto en ejecución. Sólo entonces trabajó en la tarea principal de su vida, que era dar una enciclopedia del contenido y de los métodos de las ciencias positivas. Escribe (1824) á su amigo Valat: «Trabajaré toda mi vida y con todas mis fuerzas en el establecimiento de la filosofía positiva.» Y casi al mismo tiempo escribe á otro amigo (Gustavo de Eichthal) que su verdadera tarea es «una transformación enciclopédica de todos nuestros conocimientos positivos, que deben ser concebidos, en realidad, como una sola musa». Pocos años después exponía por primera vez su *Filosofía positiva* á un círculo reducido, pero escogido, de oyentes, entre los cuales estaban Alejandro de Humboldt, Poinsoy, el matemático Fourier, el economista Dunoyer, los médicos Broussais y Esquirol, el ingeniero Hipólito Carnot.

Comte ganaba su vida escribiendo y dando lecciones de matemáticas. Se había casado con una joven parisiense. Sus relaciones parecen haber sido poco afortunadas desde un principio, ya porque los padres de Comte estaban contra esta unión (que, habiendo sido un matrimonio puramente civil, era para ellos una abominación), ya también porque Comte, como se ve por una carta significativa á Valat (16 de Noviembre de 1825), no encontraba en su esposa las cualidades que apreciaba más en una mujer: «la abnegación del corazón y la dulzura del carácter, con el género de sumisión que puede inspirarle el sentimiento de la superioridad moral de su esposo», cualidades que son, sin duda, «muy difíciles de combinar hoy con un espíritu de mujer muy distinguido». Comte desea estas cualidades de tal manera á la prome-

tida de su amigo, que revela claramente que no las encuentra en su propia mujer. Era demasiado independiente para él. Sin embargo, dió pruebas de una gran fidelidad y de una gran energía durante un acceso de enajenación mental que atacó á Comte, probablemente á consecuencia de un exceso de trabajo intelectual. Le pusieron en una casa de salud, y sus padres, que obraban bajo la acción de Lamennais, trataron de aprovecharse de la ocasión, para someterlo á su influencia y meterlo en un convento. Madame Comte, cuyos parientes habían querido ocultar el matrimonio civil, hizo valer sus derechos, y exigió que su marido fuese reintegrado á su hogar, y, á fuerza de cuidados, llegó á restablecer su equilibrio moral, tanto, que pudo reanudar sus conferencias interrumpidas. (Sin embargo, los parientes de Comte, mientras que estaba aún atacado de enajenación mental, consiguieron que se casase por la iglesia, y descargaron así su corazón del pecado mortal que habían cometido consintiendo en el matrimonio civil.)

Entonces transcurrieron para Comte un determinado número de años llenos de actividad y de felicidad, durante los cuales compuso y publicó su obra maestra: *Curso de filosofía positiva* (en seis volúmenes, 1830-42). Meditaba á fondo el contenido de cada volumen, mucho tiempo antes, en el curso de paseos solitarios. Por lo que se refería al fondo, podía remitirse á su memoria, que era excelente. Una vez terminadas las meditaciones, las consignaba por escrito en un tiempo relativamente corto. No concedía gran importancia á la forma. Su estilo es pesado, poco estético; se resiente de repeticiones, y de empleo frecuente de términos técnicos; pero se distingue por la claridad, la solidez y la gravedad, y está señalado por la energía y la seriedad. Muchas veces, especialmente en los tres últimos volúmenes de la obra, que tratan de las ciencias sociales, el torrente de sus pensamientos es tan pujante, que arrastra al lector. Comte trataba de propagar la filosofía positiva en el pueblo dando conferencias públicas. Ya, desde 1820, antiguos alumnos de la Es-

cuela politécnica habían dado en los alrededores conferencias populares. En 1830, Comte y algunos de sus camaradas fundaron la asociación politécnica, que debía obrar en este sentido. Durante una larga serie de años (hasta que el golpe de Estado de 1851 produjo un cambio), Comte daba conferencias populares gratuitas, primeramente sobre la astronomía, luego (desde 1848) sobre la filosofía positiva en general. En un opúsculo, intitulado *Discurso sobre el espíritu positivo* (1844), ha expuesto las consideraciones generales por las cuales inauguró su curso de astronomía; esta breve obra es la mejor introducción á la filosofía de Augusto Comte.

Comte jamás logró situación oficial sólida. Desde 1830 esperaba obtener una cátedra de la historia de la ciencia positiva, funciones para las cuales era apto en grado supremo; pero la petición que dirigió en este sentido á Guizot, entonces tan poderoso, no tuvo éxito. En sus Memorias, Guizot imputa esta negativa á un olvido incomprensible, como si no hubiese visto jamás á Comte, él, que, durante los años de oposición, después de 1820, había tenido tantas conversaciones con el filósofo y se había encontrado en comunión de ideas con él. Se le negó, igualmente, una cátedra de matemáticas en la Escuela politécnica, aunque había ocupado interinamente ésta un año tan lucidamente, que se atrajo la aprobación universal. Debió contentarse con la posición más modesta de repetidor y de examinador en los exámenes de admisión, en calidad de lo cual hacía excursiones anuales por provincias. Este último puesto, al que era menester ser designado por el Consejo de profesores de la Escuela politécnica, también lo perdió Comte por haber insertado en el prefacio del último volumen del *Curso* un ataque mordaz contra el particularismo y el orgullo de los matemáticos. Ahora, decía, son los biólogos y los sociólogos los que van á estar en la primera fila desde el punto de vista intelectual; acabó la supremacía de los matemáticos, porque los dominios más concretos han sido sometidos al tratamiento de la ciencia positiva. La forma provocadora bajo la cual expresaba esta idea, tuvo por efecto no

hacerlo reelegir examinador, y se vió reducido una vez más á ganarse el pan dando lecciones particulares. Admiradores y amigos de Inglaterra y de Francia (entre los de Inglaterra, hay que citar á Stuart Mill y al historiador Grote; entre los de Francia, al sabio Littré) aliviaron su situación material creándole una pensión. En su hogar sobrevino, igualmente, una crisis: su mujer separóse de él después de un largo desacuerdo, que fué en aumento. Sin embargo, ella dió continuamente pruebas, de la manera más noble, del interés que tomaba por sus ideas, así como por su persona.

Bajo el peso de todas estas luchas y de las emociones que le causaban, y á consecuencia de la enorme tensión de espíritu en que había estado durante los doce años que trabajó en su obra maestra, tuvo que atravesar una nueva crisis nerviosa, que, sin ser tan violenta como la anterior, era tal que, según su propia frase en una carta á Stuart Mill, había «peligro cerebral» (1). Otras circunstancias contribuyeron además á esta crisis nerviosa y le dieron un carácter particular. Había conocido á una mujer que llegó á ser para él lo que Beatriz fué para Dante; la persona en frente de la cual podía expansionarse por completo la necesidad de ternura que había llevado toda la vida en sí, sin poder satisfacerla en una unión originaria del corazón. Conoció por primera vez toda la profundidad del sentimiento y de la afección, y esta joven, que

(1) Se lee en una carta á Stuart Mill del 27 de Junio de 1845: «La conmoción ha consistido en insomnios tenaces, con melancolía dulce, pero intensa opresión profunda, unida á una extrema debilidad.» Atribuye este acceso á la redacción de su nueva obra comenzada algunos días antes, y agrega: «*El conjunto de mi composición habrá ganado mucho en este período excepcional en que mi meditación estaba lejos de sentir la atonía de mi movilidad.*» El año siguiente, después de la muerte de Clotilde de Vaux, confesó que el sentimiento nacido en él hacia ella había contribuido á esta crisis nerviosa. (*Lettres d'Auguste Comte á Stuart Mill*, p. 413 y siguientes.) El marido de Madame Clotilde de Vaux había sido condenado á trabajos forzados á perpetuidad por un crimen deshonesto, pero ella consideraba su unión como indisoluble; así que las relaciones que tuvo con Comte no traspasaron jamás los límites de una íntima amistad.

se llamaba Clotilde de Vaux, siguió siendo para él, cuando vino a morir al cabo de un año, el representante de la humanidad (del mismo modo que Dante veía en Beatriz el representante de la teología). A ella dirigía sus pensamientos de cada día y la «solemne efusión de los sentimientos generosos» que llamaba su oración. Se convirtió en el genio que le inspiró para su segunda gran obra, la cual debía sistematizar los sentimientos, como la primera había sistematizado las ideas. Esta obra se publicó con el título de *Política positiva ó tratado de sociología, instituyendo la religión de la humanidad* (4 volúmenes; 1851-54). En una carta á Stuart Mill (14 de Julio de 1845), Comte declara que la nueva obra, cuyo plan había sido ya concebido más temprano, había tomado su carácter definitivo durante su crisis y en el trascurso de la «meditación excepcional» que causó. Había visto, en efecto, claramente que la segunda parte de su acción filosófica debía distinguirse de la primera en que el sentimiento debía ocupar en ésta el puesto que tenía el entendimiento en aquélla. Estando hecho el trabajo puramente teórico, se trata de hacer aprovecharse de él á la sociedad, y esta tarea consiste esencialmente en sistematizar los sentimientos humanos, lo cual es la consecuencia de la sistematización de las ideas y la base indispensable de la sistematización de las instituciones. Si la nueva obra no había aspirado más que á eso, no hubiera señalado una oposición categórica con la anterior, no hubiera sido más que la continuación, el agrandamiento ó la profundización. Pero en realidad iba mucho más lejos, como el título lo indicaba. Quería fundar una nueva religión. Y mientras la primera obra partía del mundo ó de la naturaleza, y fundándose en el conocimiento de la naturaleza, quería llegar á la inteligencia del hombre, este método objetivo iba ahora á ceder el puesto al método subjetivo, que, partiendo del hombre, consideraba la naturaleza entera desde el punto de vista humano y consideraba la humanidad misma como «el gran Sér». La nueva religión, de la cual Comte no tardó en considerarse como el gran sacerdote, debía consistir en la profundización

subjetiva de la idea de humanidad y en la abnegación á esta idea. No trataba de renunciar á la filosofía positiva; de su propio fondo debían extraerse los dogmas de la nueva religión, la religión de la humanidad; pero agregó á ello el culto y las prácticas. En su *Catecismo positivista ó sumaria exposición de la religión universal* (1852), ha dado un resumen de lo que la política positiva desarrolla prolijamente.

Este último giro tomado por su pensamiento había sido preparado por lo que llama él mismo «la higiene cerebral». Consistía en abstenerse por principio de toda lectura y en sumergirse únicamente en la redacción de sus obras. Con eso quería evitar los trastornos y poner á salvo la unidad del plan. Antes había emprendido vastos estudios y su memoria fiel le permitió aprovecharse de los materiales agrupados en otro tiempo. Este alejamiento de todo lo que había de nuevo en la ciencia y en la literatura, tuvo por efecto hacer cesar toda discusión real y todo examen crítico de sus propias ideas; así últimamente se engolfaba en la música, en la poesía italiana y española, y en la lectura de la *Imitación de Jesucristo*. Exigía á todo positivista leer cada día al menos tanto de una obra maestra poética como representa un canto de Dante. Consideraba la *Imitación* como un gran poema sobre la naturaleza humana; al leerla reemplazaba á «Dios» por «la humanidad», y de esta manera encontraba en el antiguo libro místico un medio que le permitía penetrar íntimamente en el corazón de la humanidad. Un testigo ocular de los últimos años de la vida de Comte nos pinta todo su sér impregnado de dulzura y de bondad. Sin embargo, había sufrido la desilusión de ver á Littré, su discípulo más célebre, y á otros más, separarse de él, cuando hubo cesado de ser filósofo para sentirse llamado á ser el gran sacerdote de la religión de la humanidad; como se había separado él mismo de Saint-Simón, cuando éste manifestó semejantes pretensiones. Después de la larga y severa labor de su pensamiento, la necesidad mitológica de la infancia, favorecida por la higiene

cerebral, había salido á luz de nuevo, y solamente unos pocos fieles le siguieron en esta última parte de su camino (1). Sin embargo, la nueva religión de la humanidad tiene sus parroquias y sus templos aquí y allí, en Francia, en Inglaterra, en Suecia y en América. Esta religión sin teología, era un signo característico de la época. Para Comte mismo, es un lugar de reposo, donde su pensamiento recogía el recuerdo de lo más grande y lo mejor que había encontrado en la ciencia y en la vida de la humanidad, y desde donde dirigía una mirada llena de confianza al porvenir que debe esperar el género humano sin cesar en progreso. El amor como principio, el orden como base y el progreso como fin: tal era la divisa de la religión de la humanidad. Augusto Comte murió el 5 de Septiembre de 1857.

b) — *La ley de los tres estados.*

Nuestro conocimiento recorre, según Comte, *tres fases de desenvolvimiento*, que pueden ponerse en evidencia para cada ciencia particular. Cuanto más complicada y compleja es la materia de una ciencia, más tiempo necesitará para recorrer

(1) Entre las dos obras más considerables que se han escrito sobre Comte por sus discípulos, la de Littré sostiene que la importancia propiamente dicha de Comte da fin con la edición del *Curso de filosofía positiva*, mientras que la obra de Robinet considera la *Política positiva* como el fin verdadero y emprende una polémica contra Littré, á quien considera como un apóstata ingrato é ininteligente. Se deja entender que Stuart Mill no aprobaba más que el primer período de Comte. Su correspondencia finalizó en el momento en que Comte estaba en los umbrales del segundo período. En su obra *Augusto Comte and positivism* (1865), Mill ha enunciado un interesante juicio sobre la doctrina de Comte en los dos períodos. La escisión causada por Littré se repitió más tarde en el seno de los positivistas «ortodoxos». Algunos de ellos (Laffite á la cabeza), piensan que el clero positivista debe obrar por la inteligencia sobre el corazón; mientras que otros (el inglés Congrésse el frente) creen que el positivismo, como en su tiempo el cristianismo, debe vencer por la sumisión directa á los proletarios y á las mujeres, de suerte que es preciso obrar sobre el corazón sin que sea por la inteligencia. Véase á este propósito á Cairns: *The social philosophy and religion of Comte*; pág. 171 y siguientes: Glasgow, 1885.

este trayecto. Son primero las ciencias abstractas las que alcanzan el estadio definitivo; las ciencias concretas llegan á él más tarde. Según la concepción de Comte, ha llegado ahora el momento en que la más concreta de todas las ciencias, la sociología, está á punto de entrar en el tercer estadio. Así está acabado el círculo y es posible dirigir una mirada retrospectiva.

El primer estado es el *estado teológico*. No disponemos aquí más que de un número muy restringido de observaciones; así que la imaginación desempeña el principal papel. La explicación de los fenómenos de la naturaleza, el lazo que une los hechos dados y del cual el espíritu humano no puede prescindir conforme á su naturaleza, se encuentran en este momento en la intervención de seres personales. Sólo por medio de representaciones de dioses y de espíritus puede el hombre al comienzo hacerse inteligible el mundo. En eso reside la gran utilidad que han tenido estas representaciones para el desenvolvimiento del conocimiento humano. Si el hombre no hubiese dispuesto de estas ideas, y si el deseo de ver reproducida la actividad de estos seres en todos los acontecimientos de la naturaleza no se hubiese manifestado, el mecanismo del conocimiento no se hubiera puesto en movimiento y el embotamiento primitivo hubiera subsistido. El conocimiento que el hombre cree adquirir en este estado es absoluto; no se representa, en efecto, nada más allá de estos seres divinos, y si puede explicar un pensamiento natural por su intervención, no tiene que indagar más. Por eso el hombre no duda de ningún modo, al principio, de la posibilidad de llegar á un conocimiento absoluto. Desde el punto de vista práctico, las ideas teológicas han ejercido una influencia no menos considerable. Han proporcionado un sólido fundamento común á la vida moral y á la vida social. Este momento de la evolución es la época de la autoridad. Los hombres viven en una confianza común en potencias inquebrantables. En política le corresponde la realeza.

El estado teológico comprende una serie de grados. En

el fetichismo, se atribuye directamente á los objetos de la naturaleza una vida espiritual semejante á la vida humana. En el politeísmo, el grado más característico del estado teológico, los objetos materiales, están despojados de su vida inmediata, y el origen de sus movimientos y de sus modificaciones se busca en diversos seres, que, la mayoría de las veces, son invisibles y constituyen un mundo superior. En el monoteísmo, son aún mayores la distancia y el contraste entre el principio de donde se deriva la explicación y los fenómenos á explicar. Por eso es vago y produce una comunión de ideas mucho más ligeras que el politeísmo. Constituye la transición que lleva al segundo estado; *el estado metafísico*. La explicación ya no se encuentra aquí en seres personales, sino en ideas abstractas, en principios ó fuerzas. Reina ahora una tendencia á reducir fenómenos diferentes á un solo principio, tendencia que ya ha conducido en el estado teológico del fetichismo al politeísmo, y del politeísmo al monoteísmo. El estado metafísico continúa esta tendencia, admitiendo tantas fuerzas como grupos particulares de fenómenos hay; así una fuerza química, una fuerza vital, etc. Finalmente, se tiende á reducir todas estas diferentes fuerzas á una sola fuerza primordial, á un solo sér primordial: la Naturaleza; lo cual es un equivalente de la unidad definitiva que el monoteísmo ofrecía en el estado teológico. Estos dos primeros estados tienen de común la inclinación á buscar soluciones absolutas. La metafísica, tanto como la teología, quiere explicar la naturaleza más íntima de las cosas, el origen y el destino de todas las cosas, y la manera con que todos los fenómenos se producen. La diferencia se reduce á esto: lo abstracto reemplaza á lo concreto, la argumentación reemplaza á la imaginación. En el segundo estado, la argumentación tiene sobre la observación la preponderancia que tenía sobre ella la imaginación en el primer estado.

Comte concibe esencialmente el estado metafísico como un estado de transición y como un proceso de disolución. La argumentación penetra en el círculo de las ideas teológi-

cas, muestra con el dedo las contradicciones, pone ideas ó fuerzas constantes en lugar de las voluntades caprichosas, pero debilita así la viva impresión y la autoridad de las potencias que se supone que reinan sobre la naturaleza y la vida humana. No puede edificar nada nuevo ni dar tampoco equivalentes reales. Desde el punto de vista práctico, la descomposición se manifiesta por el reinado de la duda y del egoísmo. El individuo desata el lazo viviente que le unía con la sociedad; se cultiva el entendimiento en detrimento del sentimiento; en sus últimos años, Comte llega á hablar de la larga rebeldía de la razón contra el corazón. En política, es la era de los pueblos, como el primer estado era la era de los reyes; los jurisconsultos son los hombres directores; se concibe la sociedad como nacida de un contrato, y se construye el Estado sobre el principio de la Soberanía del pueblo.

En el *estado positivo*, la imaginación, tanto como la argumentación, están subordinadas á la observación. Toda proposición establecida versa sobre un hecho, bien un hecho especial, ó bien un hecho universal. La concordancia con los hechos es el único criterio. No es esto decir que se atenga uno á los hechos individuales, aislados. El positivismo está igualmente alejado del empirismo y del misticismo: del mismo modo que no parte de los hechos para perderse en series sobrenaturales ó principios abstractos, no se desparrama en observaciones sin coherencia. Pero en lugar de perquirir *causas* absolutas y de querer sacar de éstas la formación de las cosas, indaga las *leyes* de los fenómenos, es decir, las relaciones constantes que existen entre los fenómenos observados. Sean pensamientos ó sentimientos, ó el choque y la gravedad lo que se trate de comprender, las relaciones bajo las cuales aparecen son lo único que puede fijar nuestro conocimiento. La ciencia se apoya en la inmutabilidad de las leyes de la naturaleza, que se reveló por primera vez en toda su claridad al pensamiento cuando los griegos fundaron la astronomía matemática, y que se renueva en los tiempos modernos en todos los dominios. Bacon, Galileo y Descartes han emi-

LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
AT BERKELEY

tido este principio, y han quedado por esta razón como los fundadores de la filosofía positiva. Ann cuando las leyes válidas en detalle no se han encontrado, una analogía irresistible nos impulsa ahora á aplicar el grañ principio filosófico de la inmutabilidad de las leyes de la naturaleza á todos los fenómenos y á todos los acontecimientos.

Mientras que los dos primeros estados nos mostraban una tendencia á reducirlo todo en el mundo á un principio único y absoluto, ya se le figurase bajo una forma teológica, ya bajo una forma metafísica (como Dios ó como la Naturaleza), se desprende del carácter de la filosofía positiva que no es posible semejante acabamiento absoluto y objetivo. El principio riguroso que exige que todo sea ratificado por la experiencia no permite reducirlo todo á un solo principio; la experiencia nunca hace más que mostrarnos un encadenamiento limitado, y habrá siempre muchos fenómenos y acontecimientos que no podremos poner en relación con otros. Hay grupos irreductibles de fenómenos (al menos mientras hay ciencias diferentes). Las numerosas leyes no pueden reducirse á una sola. Nuestro conocimiento puede alcanzar solamente una unidad subjetiva, pero no objetiva. La unidad subjetiva consiste en que siempre se aplica el mismo método, lo cual tiene por consecuencia la homogeneidad y la convergencia de las diversas teorías. Subjetivamente, no tenemos, pues, más que una sola ciencia. Pero ésta puede ser también común á todos los subditos humanos. El método positivo pone la unidad no solo en la conciencia del sujeto aislado, sino también entre los diferentes sujetos, y así la filosofía positiva se convierte en el fundamento intelectual de una sociedad humana. Desde entonces no se produce ya acuerdo entre los hombres más que por objetos que realzan la ciencia positiva, mientras que por otra parte las opiniones difieren en extremo. Mientras reinó sin la competencia intelectual del pensamiento científico, el catolicismo presentaba una sociedad espiritual, que es el tipo de la que producirá un día la filosofía positiva. La filosofía positiva encuentra en la unidad subjetiva, que resi-

de en el concepto de humanidad, el único equivalente posible de lo que era el concepto de Dios para la filosofía teológica y el concepto de naturaleza para la filosofía metafísica.

La unión de la teoría y de la práctica es mucho más estrecha en este estado que en los dos primeros: porque el conocimiento de las leyes de los fenómenos nos permite intervenir en la producción de los fenómenos venideros, y el deseo de estar en condiciones de hacerlo es un motivo que conduce á hacer pasar de los dos primeros estados al tercero. «Saber para prever»: tal es la divisa de la ciencia positiva. Por eso á este estado corresponde la industria en el sentido de explotación de la naturaleza por el hombre. Sin embargo, la observación no debe restringirse aquí á la naturaleza exterior. Quando se hayan encontrado leyes para los estados y las acciones del hombre, el desenvolvimiento individual y social podrá determinarse por el conocimiento, lo mismo el desarrollo puramente físico.

Como hace notar (véase, en particular, el *Discurso sobre el espíritu positivo*, págs. 41-44) que todos los sentidos convenientes en los cuales se puede emplear la palabra *positivo*, significan lo mismo que *real*, y la filosofía positiva quiere, en efecto, apoyarse ante todo sobre hechos. Significa también *útil* por oposición á ocioso, y la filosofía positiva tiende á la mejora de nuestra existencia individual y social, quiere ser más que una simple satisfacción de la curiosidad. Por positivo entendemos muchas veces también *lo que está seguro y fuera de duda*, y es la tarea de la filosofía positiva sacarnos del escepticismo y de los debates continuos de la filosofía anterior. Lo positivo puede además designar igualmente *lo que está exactamente determinado*, y la filosofía positiva quiere sustituir las leyes, las relaciones constantes y definidas á las ideas vagas y variables de los estados anteriores. Por último, se emplea además «positivo» en el sentido de *contrario de negativo*, y eso se aplica al tercer estado, que tiene por objeto organizar, mientras que el segundo estado señala, esencial-

mente, un proceso de disolución. Seguramente la filosofía positiva no tiene que dar las explicaciones con que se contentaba la filosofía teológica; pero no les hace directamente la guerra. Hasta confiesa que es tan imposible alegar una prueba que tienda á rechazar los seres en los cuales se creía en la filosofía teológica como producir una que demuestre su existencia. Nadie ha dado jamás la prueba de que Apolo ó Minerva no existan; la creencia en los dioses ha desaparecido desde el momento en que no concordaba con el conjunto de la situación espiritual. La filosofía positiva, no sólo no entabla polémica contra la filosofía teológica, sino que trata de hacerle justicia plenamente, examinando históricamente las condiciones de su formación y juzgando su influencia sobre el progreso humano. Semejante inteligencia era imposible en los estados anteriores, porque una teoría absoluta tomaba la contraria de la otra y cada sistema particular consideraba como deber suyo aniquilar á los demás.

No hay más que una sola particularidad del estado positivo que no esté contenida por sí misma en la palabra «positivo»; es ésta: sustituye en todo lo relativo á lo absoluto. Pero este carácter relativo es, según Comte, una consecuencia necesaria de los otros atributos distintivos de la filosofía positiva. Cuando ésta establece la ley en lugar de la causa, se detiene ante una simple relación. Pregunta: ¿cómo?; pero no: ¿por qué? No indaga la producción interna de las razones primeras. Además, las leyes particulares no pueden reducirse á una ley única, y, en todo caso, subsiste siempre esta relatividad, que proviene de que contemplamos el mundo desde el punto de vista del hombre. Todo conocimiento supone una oposición entre el individuo y el mundo exterior. Así, Kant ha distinguido, con razón, entre lo subjetivo y lo objetivo, y merece una admiración eterna, porque con esta distinción ha puesto fin á la filosofía absoluta, aun cuando su pensamiento no fuese bastante positivo para impedir á sus sucesores volver á esta filosofía (1). Aunque, para

(1) *Cours de philosophie positive*, 2.^a edic., VI, pág. 612: «Kant

ser conocido, el mundo supone al hombre, puede, no obstante, existir sin él. Y, aun cuando el hombre dependa del mundo, no resulta de él. («El hombre depende del mundo; no resulta de él.» *Catecismo positivista*, segunda edición, página 146.) En vano el materialismo ha intentado abolir la independencia y la espontaneidad de la vida orgánica, exagerando la importancia de la influencia del mundo exterior inorgánico. El dualismo subsiste siempre.

Comte deriva la ley de los tres estados de la historia de las ciencias, es decir, por medio de la experiencia. Pero una vez que la ha establecido, trata de demostrar que puede derivarse de lo que sabemos de la naturaleza del espíritu humano; la inducción está confirmada por una deducción. El espíritu humano no puede, en efecto, existir sin las ideas y los conceptos que pueden realizar una asociación entre los hechos particulares. Antes de poder encontrarse por el examen de los fenómenos, como en el estado positivo, la trabazón de los fenómenos debe encontrarse en las representaciones mi-

ha merecido realmente una admiración eterna al intentar por primera vez sustraerse directamente á lo absoluto filosófico con su célebre concepción de la doble realidad, á la vez objetiva y subjetiva, que indica un sentimiento tan exacto de la sana filosofía. Vid. *Discours sur l'esprit positif*, pág. 24; *Catechisme positiviste*, 2.^a edic., págs. 8 y 150.—Comte ha declarado un día no haber leído jamás la obra principal de Kant. Pero ha conocido muy pronto sus ideas, de segunda mano. En una carta á Valat, del 3 de Noviembre de 1824, declara que en el sistema de Kant hay «muy buenas cosas al lado de una multitud de extravagancias», y niega que la exposición hecha por Cousin de la doctrina kantiana, pueda considerarse como válida. Cousin está muy lejos de comprender el alcance de las ideas-madres del filósofo de Königsberg. Con todo, hace entrar á Kant en el estadio metafísico, y traza un paralelo entre sus relaciones con la filosofía de Kant y las relaciones de Galileo con la filosofía peripatética.—La única obra que conoció de Kant era la breve disertación *Idea de una historia universal*, que su amigo Gustavo de Eichthal le tradujo y que admiraba en alto grado. Si la hubiese conocido seis ó siete años antes, decía, le hubiera evitado la molestia de escribir sus disertaciones (de los años 1820 y 1822). (Carta á Eichthal, del 10 de Diciembre de 1824). Sobre las relaciones de Comte con la metafísica, véase la interesante discusión: *Bulletin de la société française de philosophie*; Enero de 1903.

tológicas nacidas involuntariamente, ó en las ideas metafísicas resultantes del carácter más abstracto y más constante de estas representaciones. Al mismo tiempo, el espíritu humano tiene tendencia á concebirlo todo por analogía consigo mismo, á atribuir á las cosas su propio sentimiento interno. ¡Procedimiento fácil para encontrar una explicación! Pero si los hombres no tuviesen la seguridad de que la explicación es fácil de encontrar, no se preocuparían por nada del mundo de hacer indagaciones.

Sería interesante hacer una asimilación entre la ley de los tres estados, de Comte, y los pensamientos análogos que se encuentran en Kant, Fichte, Hegel y Saint-Simón, y aun en Rousseau y Lessing ya. Al lado de divergencias características se revelaría, al menos, una concordancia en un punto. Concordarían en decir: que después del período en que la autoridad reina en la teoría y en la práctica, la vida del espíritu humano ha tenido un período durante el cual la crítica, la reflexión y la duda han realizado su obra de descomposición, y que ahora se trata de encontrar un punto de apoyo que forme la base positiva, común á la creencia y á la conducta de la vida. Esa es una gran experiencia histórica, que ha sido formulada por los pensadores en cuestión. Por lo que se refiere á Comte, no bosqueja, á decir verdad, más que el primero y el tercer estado, en rasgos característicos y precisos. Muchas veces se tiene la impresión de que Comte hace, en realidad, remontar al estado metafísico todas las aspiraciones del pensamiento y de la vida hacia las que siente antipatía. Tiene simpatías por el antiguo sistema católico, en el cual ve uno de los productos más maravillosos del espíritu humano, y tiene simpatías por el sistema del porvenir, que sobre el fundamento de la ciencia experimental debe realizar una nueva sociedad espiritual. Miraba con malos ojos el período crítico y revolucionario intermedio, aunque se viese obligado á confesar que había hecho obra indispensable. Los diferentes caracteres del estadio metafísico que cita, no los presenta en un encadenamiento riguroso. Apenas es posible,

especialmente, encontrar una unión entre la tendencia á explicar los fenómenos por la existencia de fuerzas ó de facultades específicas, y la estimación exagerada de la inteligencia ó el predominio del egoísmo. Esta tendencia aparece, en cierto punto, en la historia de cada ciencia particular, y no debe servir para caracterizar el desenvolvimiento colectivo de la humanidad; en todo caso, puede asociarse muy bien al reconocimiento de la significación central de la vida sentimental y de la realidad de los sentimientos simpáticos. La estimación exagerada de la inteligencia se da acaso más bien en los que se dedican á una ciencia especial que en los filósofos especulativos. Al terminar su obra principal, Comte sintió vivamente la oposición en que se encontraba con la cofradía científica, y la expresó tan enérgicamente, que tuvo para él personalmente consecuencias lamentables. Pero no encuentra lugar en la teoría de los tres estados para esta oposición de la filosofía positiva y de la especialización positiva. Y, sin embargo, es una señal característica muy esencial de la época moderna, que la división del trabajo está tan adelantada en el dominio científico, que se hace cada vez más difícil realizar una unidad intelectual, una común concepción del mundo. Hay, ciertamente, en eso, un problema mayor en la historia de la civilización que en ninguno de los inconvenientes que Comte atribuye al estado metafísico. El entusiasmo y la imaginación viva y móvil de Comte fueron causa de que no viese bien eso. El problema de las relaciones de lo positivo y de lo universal, de la posibilidad de adquirir sobre una base «positiva» una concepción total del mundo, no se ha presentado á su mirada con toda la claridad apetecible. Eso consiste, como se verá más tarde, en que su teoría del conocimiento presentaba ciertas lagunas. Así, el estado positivo mismo es bosquejado en diferentes ocasiones de una manera poco clara. Por ejemplo, deja en la obscuridad la cuestión de saber cómo la filosofía positiva nos asocia á los hechos inmediatamente dados. ¿Hasta dónde podemos alejarnos de ellos por el camino de la hipótesis? ¿Qué autoridad posee una